

*A la memoria de Isaías Sierra, reconocido piréti charapense,
quien me enseñó cómo sonaba Charapan*

Los sonidos de la antigüedad tarasca en la sierra de Michoacán se escucharon cada vez menos durante el siglo XVI tras la invasión y la colonización hispanas del territorio. Ya no salieron más los llamados sonoros desde los templos en lo alto de las yácatas; cesaron las declamaciones de los sacerdotes; callaron las amenazantes griterías de los guerreros; desaparecieron los músicos de antaño en las celebraciones religiosas; dejaron de crearse piezas para ser tocadas con atabales, flautas y silbatos; callaron y se olvidaron los antiguos cantos. Sólo piénsese en un cambio como ése: vivir escuchando todo un complejo sonoro y tras una generación a lo más, oír otro en que aún podía percibirse el entorno natural: la lluvia, las tormentas, el susurro del bosque, el canto de los pájaros, el aullido de los coyotes y el correr del agua, a la vez que el murmullo de la plática y el ruido del trabajo pero entreverado con nuevas resonancias que invadieron la región, como el repique de campanas de bronce, el relincho de los caballos, el gruñido de los cerdos, el balido de las cabras, el ladrido de los perros, el cacarear de las gallinas, el habla de los españoles, el tronar de las armas de fuego, el cántico de los coros cristianos, el rasgueo de las guitarras... Los ruidos cotidianos en la vivienda se ramificaron con el producido por otros animales y nuevos artefactos. Las palabras castellanas se oían diferente. Toda una revolución. Con la invasión y colonización hispanas no sólo cambiaron el espacio y el tiempo serranos, sino también el sonido y el silencio.